

*Al Señor doctor
Uladislas Jarias*

LEOPOLDO DIAZ

*su afu
1897*

BYRON

CON LA VERSION AL ITALIANO

POR

CÁRLOS F. SCOTTI



Editor: JORGE A. KERN

LIBRERIA E IMPRENTA "SAN JORGE" SANTA FÉ 2202

BUENOS AIRES

1895



LEOPOLDO DIAZ

BYRON

CON LA VERSION AL ITALIANO

POR

CÁRLOS F. SCOTTI



Editor: JORGE A. KERN

LIBRERIA É IMPRENTA "SAN JORGE" SANTA FÉ 2292

BUENOS AIRES

1895

AL LECTOR

Hemos creído oportuna la publicación del poema *Byron*, del poeta Sr. Leopoldo Díaz; una vez que la crítica literaria, por la voz de sus mas altos representantes, ha emitido sobre la obra conceptos honrosísimos. Leído por primera vez en el Ateneo, en la hermosa fiesta organizada por este centro, en Mayo del año anterior, el poema de nuestro compatriota fué vertido al italiano por el Sr. Carlos F. Scotti, y mereció el honor de ser recitado por el ilustre artista Novelli, en la Sala del Politeama, ante un público selecto, que le tributó sus aplausos.

Tales son, brevemente expuestas, las razones que nos han determinado á publicarlo en el presente folleto.

JORGE A. KERN.
EDITOR

CARTA DE GUIDO Y SPANO

Buenos Aires, Julio 11 de 1894

Señor Leopoldo Diaz.

Poeta amigo: Perdón si recién ahora doy señales de vida, después de haber recibido su poesía á Byron, la cual me hizo Vd. el obsequio finísimo de enviarme: maltratado por los rigores del invierno, apenas alcanzo á trazar mis garabatos de rutina.

Conocía ya su composición: bellísima. Me adhiero del todo al juicio formulado sobre ella por la pluma elegantísima de Joaquin Castellanos. En efecto, nunca el poeta inglés fué cantado en nuestro idioma, ni en ningún otro, que yo sepa, con tanto brio, elevación y gallardía.

Es un timbre de nuestra literatura incipiente, por más que no se trate de asunto nacional; sin cuyo requisito, según opinión de uno de nuestros amigos mejor inspirados, y justamente aplaudido,

permaneceremos, con referencia á las letras, á mitad de camino de nuestra independecia, conseguida en lo político, casi nula hasta ahora en la región intelectual. Me parece, sin embargo, que aun á riesgo de quedarnos á media asta, ó con una ala desplegada y la otra implume, podemos sin enojar á los cóndores y á los trovadores de pura estirpe americana, dar carta de ciudadanía al genio y al arte, vengan de donde vinieren.

No me vaya Vd. á tomar por malicioso. Yo también amo las flores nacidas espontáneamente á la luz del sol que alumbró nuestra cuna, prefiriéndolas, á menudo, hasta á las del loto, la planta sagrada de la India, que solo florecé una vez en cada siglo, mientras aquellas se reproducen sin cultivo, vistiendo la tierra amada con sus galas sencillas.

Lo propio es lo propio, y el rancho en que se nace tiene mas atractivos que los palacios de mármol descritos en libros extranjeros. Pero la imaginación tiene el vuelo ágil y amplísimo, recorre todos los climas, en todas partes se complace, semejante á las aves viajeras que anidan ya en el alero de cualquier pobre casuca, ya en las cornisas y chapiteles de las columnas rotas de Babel, alimentándose en todos los verjeles del tránsito.

Usted se va por esos mundos á buscar el tema de sus rimas. Hace lo que las abejas de Lucrecio «zumbando al sol sobre las viñas maduras de Virgilio». Todos los racimos le convienen. A más, recorre las academias y los circos frecuentados por los atletas del pensamiento triunfador. Ayer

se abrazaba á la estatua de bronce de Hugo el Magno. Hoy es Byron, cuya sombra se levanta sobre las ondas del mar Jonio, quien inspira su numen. ¿Acaso nadie ha escapado en el siglo á los prestigios del bardo tormentoso? Cuántos, admirándole han exclamado con Lamartine:

«Qui que tu sois, Byron, bon ou fatal génie,
J'aime de tes concerts la sauvage harmonie...»

Usted ha evocado en magníficos versos su poderosa imágen:

«Su triunfo el Orbe estremecido aclama;
¡Byron! repiten las riberas solas...
Y al hondo porvenir vuela su fama,
Como va el huracán sobre las olas.»

También las estrofas de la composición á que la anterior pertenece, sobrenadarán sobre el mar profundo del olvido, donde tantos naufragan.

Un crítico notable por el brillo de su dicción correcta, ha comparado los versos de Vd. á las perlas sueltas, de finísimo oriente, que cierta hermosa dama viera colocadas en círculo en el escaparate de un joyero, notando con pena les faltaba para formar preciosa gargantilla, el hilo.

Pero aquí el cantor de Byron no ha querido hacer un collar, sino levantar un trofeo.

¿Lo ha conseguido? Si. Ahí está, figurando entre los más nobles atributos del génio, la lira de oro de Childe Harold, á que se entrelazan rosas italianas de Pœstum, laureles del Eurotas, y verdes palmas de nuestros bosques argentinos.

Carta de Joaquin Castellanos

Buenos Aires, Junio 5 de 1894

Querido Leopoldo:

Tu canto á *Byron*, que he vuelto á leer en *La Nación*, después de haberlo escuchado en medio de aplausos justicieros, en la última fiesta del Ateneo, me ha llenado de una satisfacción en que se mezcla, á la impresión de la belleza literaria, el sentimiento íntimo de mi gratitud por el honor que me has discernido asociando mi nombre á tu brillantísimo trabajo.

Has tenido la gentileza de elegir, para ofrecérmela, la obra tuya que más podía halagarme, por ser aquella que con más intensidad y amplitud revela tu talento, y por la predilección especial que tengo al tema mismo de tu canto.

En estas condiciones, tu dedicatoria, que sólo se explica como una generosa demostración de

amistad,—y en tal sentido la acepto,—constituye para mí una verdadera condecoración.

Pero, aparte de estas impresiones personales por la distinción con que me has favorecido, me siento lleno de orgullo de que pertenezca á un compatriota y un amigo lo mejor que sobre este tema se haya escrito en lengua castellana.

Es de un significado elocuente para el arte nacional, que los tres poetas más ilustres de este siglo hayan encontrado en liras argentinas las más hermosas repercusiones de su génio y las más altas notas de su panegírico. El *Fausto*, de Estanislao del Campo, es la más bella inspiración que ha reflejado á la distancia la inmortal creación de Goethe, y tu canto á Byron forma un digno paralelo con el de Andrade á Victor Hugo.

Tu composición es una apoteosis lírica del génio que más vigorosamente personifica nuestro siglo.

Byron es más grande en sí mismo que en sus obras: su vida es el mejor de sus poemas.

Tú lo has comprendido así, y en tus estrofas fulgurantes haces relampaguear su gran figura en contacto con la naturaleza, por el pensamiento, y con la humanidad, por el infortunio y por la gloria.

Sondeas, como psicólogo, las vastas profundidades de su espíritu, y pintas, como artista, el variado escenario en que se mueve su borrascosa existencia.

En esculturales serventesios, has modelado su efigie en la actitud y con la talla que le corres-

ponden, esculpiendo su imágen de poeta sobre un pedestal de héroe.

Te felicito efusivamente por tu triunfo y te reitero mis agradecimientos.

JOAQUIN CASTELLANOS

BYRON

(Á JOAQUIN CASTELLANOS)

Dos hombres, á la vez, pasman la tierra;
Su lumbre, el genio, entre los dos reparte:
Napoleón, ese Byron de la guerra,
Byron, sublime Napoleón del arte.

¡Igual enigma en su destino incierto!
Fundidos en un molde sobrehumano,
Tiene, aquél, la grandeza del Desierto,
Y éste, la majestad del Oceano.

En rápido bajel, sobre el undoso
Piélago que al azar surcó el marino,
El cantor de *Don Juan* va silencioso,
Navegante sin rumbo en su camino.

No le arredra el naufragio de las olas;
Sabe que ruge el mar y que se calma:
Es el naufragio de las vidas solas
El que conoce y el que teme su alma.

Sobre su frente un mundo se desploma,
Y el hijo de la lucha y del estrago
Habla con los sarcófagos en Roma,
Con los viejos escombros en Cartago.

Nada le infunde espanto ni le asombra,
¡Excelsior! en su frente lleva escrito,
Y sigue dialogando con la sombra,
Luminoso y audaz, bello y maldito.

Y cruza las tinieblas, fulgurante,
Como en la noche sideral meteoro:
Carbón que se transforma en un diamante,
Grano de arcilla convertido en oro.

Dióle Satán, con su viril orgullo,
La altivez de su indómita energía,
El piélago insondable su murmullo,
Y el dolor su titánica elegía.

Irónica deidad le presta aliento,
Le persigue el demonio del hastío,
Y palpita su insomne pensamiento
Como en su cauce desbordado río.

El león es fuerte y reina en su guarida,
Tiene su nido el águila en la roca,
Y él, águila y león, la frente herida,
Jamás la cumbre de sus sueños toca.

Un lívido crepúsculo reviste
Con densa nube sus inquietos lares,
Y siempre gemebunda, siempre triste,
Se yergue la visión de sus pesares.

Y, cual fantasma impenetrable y muda,
En arduo monte ó desolada estepa,
Sigue al bardo la esfinge de la duda
Sobre el potro jadeante de Mazzepa.

Tántalo de la dicha, en su desvelo
Asir la sombra de un delírio quiere:
La ilusión, como el cóndor, busca el cielo,
Y, al abatirse sobre el polvo, muere.

¡Cuánto misterio en su alma de coloso!
Asomarse á sus bordes es lo mismo
Que sondar el abismo tenebroso...
¡Y quién mide la hondura del abismo!

Germen de un mundo, en ráfagas dispersos
Jironés de su espíritu, vibrantes,
Van en tropel flamígero sus versos
Arrastrando sus caudas centellantes.

Caravana de génios luminosa
En fúlgida espiral sigue sus rastros,
Cual en vaga, distante nebulosa,
Los astros se aproximan á los astros.

Con sus alas enormes toca el suelo,
Sin que el lodó le alcance ni el delito,
Y al volar, es la curva de su vuelo
Parábola que asciende al infinito.

Sus nobles lauros profanar intenta
La envidia, que á los grandes acompaña,
Y él se yergue humillando toda afrenta,
Como surge entre valles la montaña.

¡Cuál esplenden sus altas concepciones!
Hay en sus gigantescas fantasías
Iris, nieblas, estruendos, convulsiones,
Relámpagos, sollozos y armonías.

Consigo mismo en infernal contienda,
Algo le empuja en su vaivén eterno:
Como el ave, en la gálica leyenda,
Del invierno tenaz pasa al invierno.

Connubio de lo humano y lo divino,
De su cruel fatalidad se engrie,
Y es, en trágica lid con el Destino,
Placer que llora, lágrima que ríe.

De su espíritu excelso en lo más hondo
Resplandecen ignotas maravillas:
Oculta el mar sus perlas en el fondo
Y la espuma abandona en las orillas.

No gime con estériles gemidos:
Su vida en la batalla se acrecienta,
Como aquellos Normandos aguerridos
Que peleaban al són de la tormenta.

Y, cual rebelde Arcangel despeñado,
Ni tregua brinda, ni piedad implora,
Sus armas refulgentes le han quebrado,
Pero no su fiereza vengadora.

Los antros pavorosos de los mares
Y las cumbres cerúleas de los montes,
Palpitan en sus cantos seculares
Y les dan sus soberbios horizontes.

Con un nuevo ideal, amplio y fecundo
Que de la humana pequeñez se mofa,
El génio-tempestad recorre el mundo
Ya el látigo blandiendo, ya la estrofa.

Sus poemas, sus héroes, sus hazañas,
Brotan con sangre de su herido pecho:
Pelícano que rasga sus entrañas
Y ofrece al mónstruo el corazón deshecho.

Lleva en su ser,—nostálgico sublime,—
Tiniebla y luz, crepúsculo y aurora,
Y en su alma, rebelión, brisa que gime,
Trueno que ruga, vendabal que llora.

Le place el aquilón cuando levanta
Su cimera de nítidas espumas,
Y, como Ariel sobre la nube, canta
El bardo de las ondas y las brumas.

Italia le circunda de esplendores,
Corónale de mirto en sus placeres,
Y, al semidiós britano, sus amores
Le dá el coro triunfal de sus mujeres.

Es perfume, y es aura, y es latido,
Blasfemia, imprecación, llanto y locura;
Es raudal, y torrente, y alarido,
Noche, arrebol, celaje y amargura.

¡Fascinador gentil!.. Ante su paso
Encadena las almas soñadoras,
Las envuelve con brumas del ocaso
Y las incendia con fulgor de auroras.

Sueña con él la virgen pensativa
En las pálidas noches de Venecia,
Y le manda suspiros de cautiva,
Huérfana, y viuda, y sollozante, Grecia.

La voz augusta del martirio siente
Y, al salvaje clamor del victimario,
Responde alzando la apolínea frente
Con el férvido afán de un visionario.

¡Cómo en su fibra el entusiasmo late!
Qué brillo extraño en su mirar chispea!
Es Aquiles corriendo hácia el combate,
Pigmaleón despertando á Galatea.

¡La Libertad! La Libertad le inspira;
Oye rugir su cólera sagrada,
Y, arrancando las cuerdas á su lira,
Con su lira de hierro hace una espada.

Voluptuosos festines abandona,
De su errante bajel tiende la vela,
Y, ciñéndose el casco por corona,
Hacia la patria de los dioses vuela.

¡Qué cuadro!... Con sus jóvenes guerreros
Botzárís... La montaña... El enemigo...
El rauda fulgurar de los aceros,
El mar azul de Jonia por testigo:

La homérica embriaguez de la batalla,
El agudo vibrar de los clarines,
El fúnebre estridor de la metralla,
Y la noche avanzando en los confines...

Por olímpica alfombra de laureles
Allá corre el gallardo paregrino;
Sobre alados, indómitos corceles
Le arrebatá en su senda el torbellino:

Y, á la sombra de helénicos pendones,
Mientras el duro batallar arrecia,
Entre el himno marcial de las legiones
Muere el bizarro paladín de Grecia.

¡Astro que roja claridad difunde
Y se derrumba en explosión ardiente,
Como una hoguera en que á la vez se funde
El metal ígneo y el crisol hirviente!

A saludarle en el postrer recinto
Llorando van las últimas sirenas,
Se alzan los rotos bronces de Corinto
Y los tronchados mármoles de Atenas.

Su triunfo el Orbe estremecido aclama;
¡Byron!... repiten las riberas solas...
Y al hondo porvenir vuela su fama
Como va el huracán sobre las olas.

Albi6n, la ingrata Albi6n, su polvo encierra,
Grecia es p6gina en m6rmar de su historia,
Y servir6 de pedestal la Tierra
Al bronce eterno de su eterna Gloria.

LEOPOLDO DÍAZ

BYRON

(VERSIONE DI CARLO FRANCESCO SCOTTI)

Due grandi stupefanno al par la terra;
Sua luce il genio fra lor due comparte:
Napoleone, quel Byron della guerra,
Byron, sublime Napoleon dell'arte.

Un solo enigma nel lor fato incerto!
Formati in uno stampo sovrumano,
Ha quegli la grandezza del deserto
E questi la maestà dell'Oceano.

In prestissima nave, sull'ondoso
Mar, dove il nauta pose suo destino,
Di Don Giovanni il vate silenzioso
Senzameta per corre il suo cammino.

Non l'arresta il naufragio d'onda ardita;
Sa che il mare s'infuria e poi si calma:
Solo il naufragio d'insecura vita
Conosce e teme la sua nobil alma.

Crollar si vede un mondo sulla chioma:
Ma, della strage fra i ricordi mesti,
Ragiona coi sepolcri aviti in Roma,
Parla in Cartago cogli antichi resti.

Nulla gli fa timor, nulla lo accora:
¡Excelsior! splende in capo e freme in petto;
E a favellar coll' ombra segue ancora
Lucente, audace, bello e maledetto;

E le tenebre vince sfolgorante,
Come un astro che guizza nel creato,
Carbon che si trasforma in un diamante,
Grano d' argilla in oro trasmutato.

Satán gli diede, coll' orgoglio intenso,
L' alterezza d' indomita energia,
Il suo rumor gli diede il mare immenso
E il dolor la titanica elegía.

Ironica deitá vigor gli presta,
La noia il punge con molesto acume,
E palpita il pensier sempre in tempesta
Come nel letto straripato fiume.

Regna forte il leon nella romita
Tana, e l' aquila alberga nella rocca:
Possente ei pur, la fronte sua ferita,
Dei sogni suoi giammai la cima tocca.

Un livido crepuscolo con densa
Nube avvolge l'inquieta sua magione,
E gemebonda sempre, triste, immensa
Sorge dei suoi dolor la visione.

E qual muto fantasma atro, bugiardo
In arduo monte over deserta steppa,
Del dubbio ognor la sfinge segue il bardo
Sull'ansante puledro di Mazzeppa.

Tantalo della sorte, ei con anelo
L'ombra afferrar del suo delirio tenta;
Siccome il condor, drizza il volo al cielo,
Ed, al cader, l'illusione é spenta.

Qual mistero in quell'alma di gigante?
Sarebbe il dirizzarvi un guardo fisso
Voler tentar l'abisso sconsolante.....
Ma chi misura il fondo dell'abisso!

Germi d'un mondo in raffiche dispersi,
Brandelli del suo spirito vibranti
Corrono in frotta rilucente i versi
Trascinando le code scintillanti!

Una schiera di genii luminosa
Segue l'orme con spire risplendenti,
Come in vaga lontana nebulosa
S'appressano fra lor gli astri lucenti.

Coi vanni enormi giunge fino al suolo
Dal fango e dalla colpa non ferito,
E, al volar, é la curva del suo volo
Parabola che sale all'infinito.

A profanare i sacri lauri é intesa
Invidia, che dei grandi é ognor compagna,
E vincitore ei s'erge d'ogni offesa
Come sorge tra valli la montagna.

Quanta luce nell'alte concezioni!
In quelle gigantesche fantasie
Iridi v'hanno, nebbie, convulsioni,
Lampi, rumor, singhiozzi ed armonie.

Mentre sostien con sé lotta tremenda,
Qualcosa il move nel suo giro eterno,
Come l'ave di gallica leggenda
Dall'inverno crudel passa all'inverno.

Quel connubio d'umano e di divino
Del crudo fato vantasi e sorride,
Ed é, in tragica pugna col destino,
Piacer che piange, lagrima che ride.

Del sommo spirto suo nel piú profondo
Splendono ignote meraviglie altere;
Le sue perle nasconde il mar nel fondo
E la sua spuma affida alle riviere.

Ei non geme con sterili lamenti;
La vita fa nel battagliai piú fiera,
Come agguerrite le Normanne genti
Che pugnavano al suon della bufera.

Come ribelle arcangelo scacciato
Non chiede tregua, né pietade implora;
A lui l'armi lucenti hanno spezzato,
Ma la ferezza ultrice vive ancora.

Le caverne terribili dei mari
E le lontane sommitá dei monti
Palpitan nei suoi canti secolari,
Ed offron lor magnifici orizzonti.

Con un nuovo ideale, ampio, fecondo,
Che sulla umana piccolezza scherza,
Corre il genio-tempesta per il mondo
Or la strofa brandendo ed or la sferza.

I poemi, gli eroi, le imprese ardite
Sgorgan dal sen con segni di dolore;
Siccome il pellican dalle ferite
Presenta al mostro il lacerato core.

Nell'esser suo, che per la patria freme,
Luce e buio, crepuscolo ed aurora;
E rebellion nel sen, brezza che geme,
Rumoroso tuonar, vento che plora.

Sommo piacer gli adduce l'aquilone
Che s'erge colla chioma spumeggiante,
E, novò Ariello, intona la canzone
Dell'onde e delle nebbie il bardo errante.

Italia lo circonda di splendori
E di mirto gli dá serto immortale,
E al divino cantòr prodiga amori
Delle sue donne il coro trionfale.

È palpito, profumo, aura; è pazzia,
Bestemmia, imprecazione ed è tristezza;
È stridore; è torrente che va via,
Notte, nube, riflesso ed amarezza.

Ammaliator gentile!... Il passo volge,
Dell'alme illuse egli divien signore:
Colle nebbie d'ocaso indi le avvolge
O dell'alba le incende col fulgore.

E lo sogna la vergin pensativa
Nella pallida notte veneziana;
E gli manda sospiri di captiva
Orba, piangente ancor, Grecia lontana.

Ode la voce del martoro infesta,
E, al clamor del carnefice avversario,
Risponde ergendo l'apollinea testa
Coll'intensa ansietà d' un visionario.

Quale dal guardo suo chiaror che abbaglia!
Quanto entusiasmo nel suo cor si sveglia!
Egli é Achille che corre alla battaglia,
É Pigmalion che Galatea risveglia.

La libertá! la libertá lo inspira;
Di sua collera eccheggia il grido amaro,
E, strappando le corde alla sua lira,
Ei la trasforma in affilato acciaio.

I piacer voluttuosi egli abbandona,
Prepara la sua nave peregrina,
E, collocando l'elmo per corona,
Verso la patria degli dei cammina.

Che quadro!.. Co' suoi giovani guerrieri
Botzaris.. la montagna... e l'oste pronto..
Lo sfolgorar dei brandi battaglieri
E l' Jonio mar dell' alta impresa conto;

L'omerica ebrietá della battaglia,
Il risonare acuto dei clarini,
Il funebre stridor della mitraglia
E la notte avanzantesi ai confini..

Sopra tappeto olimpico d'allori
Passa correndo il bravo pellegrino,
É su alati corsier dai fieri ardori
Il turbo lo trasporta in suo cammino.

Sotto il manto d'ellenici vessilli,
Mentre del battagliar s'accresce l'ira,
Delle milizie tra i marziali squilli
Di Grecia il baldo paladino spira.

Astro che luce ignífera diffonde
E cade poi con esplosione ardente,
Come fornace dove insiem si fonde
L'igneo metallo col crogiuol bollente!

Un saluto al postremo suo recinto
Ploranti recan l'ultime sirene,
S'ergon spezzati i bronzi di Corinto
E i marmi tronchi s'ergono d'Atene.

L'orbe commosso quel trionfo acclama;
Byron!.. é l'eco di solinghe sponde.:
E al lontano avvenir vola sua fama
Come uragan che scorre in mezzo all'onde.

Sue spoglie Albione, ingrata Albion, rinserra,
Grecia scolpisce in marmo la sua storia,
E servirá di pedestal la terra
Al bronzo eterno di sua eterna gloria.
